

ETNICIDAD Y NACIONALISMO EN EUROPA HOY (*)

Los historiadores somos al nacionalismo lo que los cultivadores de amapola en Pakistán son a los heroinómanos: proveemos la materia prima esencial para el mercado. Nación sin pasado es un término en sí contradictorio.

Lo que hace a una nación es el pasado, lo que justifica a una nación ante las otras es el pasado, y los historiadores son las personas que lo producen. Por ello, mi profesión, que siempre ha estado mezclada con la política, se torna un componente esencial del nacionalismo. Más aún que los etnógrafos, los filólogos y otros proveedores de servicios étnicos y nacionales también implicados.

¿En qué términos discuten los armenios y los azeríes acerca de quién tiene derecho sobre la montaña Karabaj, que está en Azerbayán, pero es habitada fundamentalmente por armenios? Con argumentos sobre albanos caucásicos, un pueblo que ya dejó de existir pero que en la Edad Media habitaba la región en disputa. ¿Eran éstos más parecidos o diferentes a los armenios que están allí ahora? Este es en esencia un problema de investigación histórica, en este caso de debates históricos infinitamente especulativos (tomo este ejemplo de Nora Dudwick de la Univesidad de Pensylvania).

* Este texto se basa en una conferencia ofrecida en la American Anthropological Association. Fue publicado en *Anthropology Today*, vol. 8, N° 1, febrero de 1992, pp. 3-8. Se publica con la autorización expresa del autor.

Lamentablemente, la historia que los nacionalistas quieren no es la historia que podrían proporcionar los historiadores profesionales, aun los más comprometidos ideológicamente. Es una mitología retrospectiva. Permítanme repetir las palabras de Ernest Renán en su famosa conferencia "Qué es una nación" en 1882:

"Olvidar la historia, o incluso el error histórico (l'erreur historique), es un factor primordial en la formación de una nación, por lo que el avance de los estudios históricos es, a menudo, perjudicial para una nacionalidad".

Así, un historiador que escribe acerca de etnicidad o del nacionalismo no puede sino realizar una intervención política o ideológicamente explosiva.

Déjenme empezar con una duda semántica. Si existiese hoy en día algún criterio estándar sobre lo que constituye una nación con una demanda de autodeterminación, que significaría el establecimiento de un Estado-nación territorialmente independiente, éste sería el étnico-lingüístico, ya que el idioma es usado, donde es posible, para expresar y simbolizar etnicidad. Obviamente, a veces esto no es posible porque la investigación histórica demuestra concluyentemente que el tipo de lenguaje escrito estandarizado que puede ser utilizado para representar etnicidad o nacionalidad es más bien una construcción histórica tardía -mayormente del siglo XIX o aun posterior- y en cualquier caso muy a menudo éste no existe en absoluto, como entre serbios y croatas.

Aun en este caso, sin embargo, es hecha la distinción étnica, independientemente de lo que ella signifique. Pasé mis vacaciones en una cabaña de Gales, que es administrativa y legalmente menos distinto de Inglaterra de lo que Connecticut es del Estado de Nueva York. Aun cuando por mi parte no había hablado galés por largo tiempo y, en verdad, los nativos han olvidado la pronunciación galesa de nuestros lugares con nombres celtas, no cruzaría las mentes de mis vecinos que sólo el hecho de vivir allí me hacía galés.

Debo añadir, por supuesto, que ellos disponen del concepto de etnicidad, como no hubiese sido disponible para mis vecinos si yo compraba una cabaña en Suffolk, a menos que ellos fueran antisemitas. Allí, yo sería a lo mucho un extranjero, pero ellos habrían tenido que definirse frente a mí como los nativos se definen frente a los intrusos, o en términos de clasificación social. Esta sería, probablemente, una fórmula menos efectiva de hacer distinciones que "eticidad", aunque yo no tenga claro por qué.

Hasta donde sé, todo movimiento separatista en Europa está basado en la "eticidad", lingüística o no, es decir, en asumir que "nosotros" los vascos, catalanes, escoceses, croatas o georgianos somos gente distinta de los españoles, ingleses, serbios o rusos y, por lo tanto, no deberíamos vivir en un mismo Estado con ellos. Este no es el caso, aún, en la mayor parte de Asia, África y las Américas al sur de la frontera canadiense.

¿Por qué, entonces, necesitamos dos palabras que nos ayuden a distinguir nacionalismo de etnicidad, aun cuando ambas están estrechamente identificadas en la actualidad? Porque estamos tratando con conceptos diferentes y, ciertamente, no comparables.

El *nacionalismo* es un programa político bastante reciente en términos históricos, que sostiene que los grupos definidos como "naciones" tienen el derecho a formar -y por eso podrían hacerlo- estados territoriales del tipo del que se volvió estándar desde la Revolución Francesa. Sin este programa, realizado o no, "nacionalismo" es un término sin significado. En la práctica el programa implica usualmente ejercer control soberano, hasta donde sea posible, sobre una franja continua de territorio con límites claramente definidos habitados por una población homogénea que forma un cuerpo esencial de ciudadanos.

O, más bien, de acuerdo con Mazzini, incluye la totalidad de tal población: "*Cada nación un Estado y sólo un Estado para cada nación*". Dentro de dichos Estados un solo idioma, el de la "nación" en cuestión, es el dominante o, más bien, goza de un privilegiado status o monopolio oficial. Observo de paso que de

definirse las naciones en términos etnolingüísticos, probablemente no más de una docena de las 170 entidades políticas individuales en el mundo cumplen siquiera con la primera mitad del programa mazziniano.

El nacionalismo, o mejor, para usar la lúcida frase del siglo XIX, "el principio de nacionalidad", asume "la nación" como dada, así como una democracia asume "el pueblo" como dado. En sí mismo no nos dice nada acerca de lo que constituye tal nación, aunque desde fines del siglo XIX –pero comúnmente no mucho antes que eso- ha sido crecientemente definido en términos etnolingüísticos. Debo recordarles, sin embargo, que versiones más tempranas del principio de nacionalidad, que describo en mi libro como "democrático-revolucionarias" y "liberales", no tienen las mismas bases aunque existan coincidencias. Ni el idioma ni la etnicidad son esenciales para el nacionalismo revolucionario original, del cual los Estados Unidos son la mayor expresión viviente.

El nacionalismo liberal clásico del siglo XIX fue lo opuesto a la búsqueda actual de una identidad grupal a través del separatismo. Aquel intentaba extender la escala de las unidades humanas sociales, y culturales: unificar y expandir antes que restringir y separar. Esta es una razón por la cual los movimientos de liberación nacional del tercer mundo congeniaban con las tradiciones, tanto liberales como democrático-revolucionarias del siglo XIX.

Los nacionalistas anticoloniales descartaron -o por lo menos subordinaron- el "tribalismo", el "comunismo" u otras identidades sectoriales o regionales por antinacionales y, por servir a los conocidos intereses imperialistas de "dividir y reinar". Gandhi y Nehru, Mandela y Mugabe, o para tal caso el fallecido Zulfikhar Bhutto, quien reclamaba sobre la ausencia de un sentido de nacionalidad paquistaní, no son ni fueron nacionalistas del tipo de Landsbergis o Tadjman. Ellos sintonizaban exactamente con Massimo d'Azeglio quien decía, después de que Italia había sido unificada políticamente: "Ya hicimos Italia, ahora tenemos que hacer italianos", a partir de los habitantes de

la península que tenían toda suerte de identidades, pero ninguna basada en un lenguaje que ellos no hablaban y en un Estado que vino al mundo sobre sus cabezas. No hubo nada primordial acerca de la italianidad, así como nada hay de sudafricanidad en el Consejo Nacional Africano.

Por otro lado, la etnicidad, lo que quiera que ella signifique, no es programática ni menos un concepto político. Puede adquirir funciones políticas en determinadas circunstancias y puede hallársela, por lo mismo, asociada con programas, incluyendo algunos nacionalistas y separatistas. Hay múltiples buenas razones por las cuales el nacionalismo anhela una identificación con la etnicidad, porque ésta provee el *pedigree* histórico que la "nación" carece en la gran mayoría de los casos. Al menos eso es lo que hace en regiones de antigua cultura escrita como Europa, donde los mismos nombres de los grupos étnicos persisten por largos períodos aun cuando puedan describir realidades sociales diferentes y cambiantes. La etnicidad, cualquiera que sea su base, es una forma fácilmente definible de expresar un sentido real de identidad grupal que vincula a los miembros de "nosotros" porque enfatiza las diferencias con "ellos".

No es claro lo que tienen en común, más allá de no ser "ellos", especialmente hoy en día -tal como veremos luego-. De cualquier manera, la etnicidad es una forma de llenar los contenedores vacíos del nacionalismo. Así, Sabino Arana inventa el nombre Euskadi para el país de un pueblo que por largo tiempo se había dado a sí mismo, siéndole reconocido, un nombre colectivo (vascos, gascones o lo que fuese), pero sin sentir necesidad alguna por algún tipo de país, Estado o nación que Arana tuviera en mente.

En otras palabras, el nacionalismo pertenece a la teoría política -la etnicidad a la sociología o la antropología social. Aquel puede tomar el Estado o cualquier otra forma de organización política o puede quedarse solo. Si se torna político, no tiene especial afinidad por la política de etiquetas étnicas. Lo único que el nacionalismo requiere de la etiqueta política, cualquiera

que ésta sea, es que ejerza una fuerte atracción sobre los miembros del grupo étnico.

Un caso extremo, ahora largamente olvidado, es la atracción que tuvo el apasionadamente no-étnico partido bolchevique en el período revolucionario en lo que ha venido a ser Letonia. La prominencia de algunos nombres letones en los últimos días del comunismo soviético recuerda los días cuando los fusileros letones fueron para Lenin lo que los guardias suizos son al Papa. Hay un coronel Alksnis en el lado de los "duros" y Otto Latsis de Kommunist e Izvestia en el lado reformador.

Si esto es así, ¿por qué, entonces, la mutación general europea de la política étnica en políticas nacionalistas? Esta mutación asume dos formas, las cuales tienen poco o nada en común excepto la necesidad o el deseo de controlar la política estatal: separatismo nacional y xenofobia nacional, lo que significa estar en contra de los extranjeros para afirmar "nuestro" propio Estado y estar contra ellos excluyéndolos de "nuestro" Estado ya existente. Encuentro más difícil dar cuenta de la segunda variante que de la primera, para lo cual hoy en día hay tanto explicaciones específicas como generales.

Antes de intentar responder estas preguntas, permítanme recordarles una vez más que hay vastas áreas del Planeta, donde las políticas étnicas, aun cuando agrias, no son nacionalistas, algunas veces porque la idea de una población étnicamente homogénea ha sido olvidada en algún momento del pasado, o nunca existió -como en los Estados Unidos- o porque el programa de establecer Estados étnico-lingüísticos separados territorialmente es irrelevante y no práctico. Estados Unidos es otra vez un caso a anotar, pero la situación también surge en la mayoría de los Estados descolonizados del Tercer Mundo. Cualquiera que sea la animosidad de los conflictos interétnicos y de gueto, el separatismo no es una opción seria y no tiene sentido para cualquier grupo, étnico o de otro tipo.

Para retornar al tema central. La razón específica de la actual ola de separatismo nacionalista en Europa es histórica. Los pollitos de la Primera Guerra Mundial están de vuelta en el

gallinero. Los explosivos incidentes de 1989-1991 han sido creados en Europa, y estoy tentado de añadir: en el Medio Oriente, por el colapso de los imperios multiétnicos habsburgo, otomano y ruso en 1917-1918, y por la naturaleza de los acuerdos de paz de la posguerra en relación con sus Estados sucesores. La esencia de éstos, deben recordar, fue el plan wilsoniano de dividir a Europa en Estados territoriales etnolingüísticos, un proyecto tan peligroso como impracticable, excepto en su costo de violenta expulsión de masas, coerción y genocidio con el que fue luego pagado. Déjenme añadir que la teoría leninista de las naciones sobre la cual posteriormente se construyó la Unión Soviética (y Yugoslavia) era esencialmente la misma, aunque en la práctica -al menos en la URSS- complementada por el sistema austro-marxista de nacionalidad como una elección individual en la cual todo ciudadano tiene el derecho de decidir, a los dieciséis años, de dónde viene.

No quiero documentar en extenso mi tesis, pero el conflicto de eslovacos con checos, croatas con serbios, pudo no existir antes de 1918 cuando estos mismos pueblos fueron puestos en los mismos Estados. El nacionalismo báltico, que había sido la menor preocupación política de los zares y escasamente existía en 1917, fue nutrido por el establecimiento de pequeños Estados independientes como parte del cinturón de cuarentena contra la infección bolchevique. Contrariamente, asuntos nacionales que eran serios o aun explosivos antes de 1914 han terminado: pienso en la famosa "cuestión Macedonia", en Ucrania o, incluso, en la demanda por restaurar la Polonia histórica. Ucrania (excepto en la parte antiguamente habsburgo) y Macedonia no mostraron signos de querer romper hasta que la URSS y Yugoslavia habían sido destruidas por otras manos, y ellos descubrieron que tenían que tomar algunas acciones en defensa propia.

Es, por ello, más importante que nunca rechazar la teoría "primordialista" de la etnicidad, sin mencionar la autodeterminación nacional. Para los antropólogos ésta puede ser una declaración sin controversia. Es a los historiadores a quienes debe

recordarse cuan fácilmente pueden ser cambiadas las identidades étnicas, como atestigua el ánimo nacionalista contra la "asimilación", tan familiar en los debates judíos sobre el judaísmo. La Europa de principios del siglo XX estuvo llena de hombres y mujeres que, como sus propios nombres lo indican, habían escogido ser alemanes o magiares o franceses o fineses, y aún hoy el nombre del presidente Landsbergis y de una serie de eslovenos prominentes, sugieren la idea de padres alemanes optando por otra identidad colectiva.

Contrariamente, un antropólogo alemán, Georg Elwert, nos recuerda que el concepto de *Volksdeutsche*, el alemán étnico que por la constitución de la República Federal tiene "derecho de retornar" a su patria, como los judíos a Israel, es una construcción ideológica. Algunos de los que lo hicieron, como los menonitas europeos orientales, no eran en absoluto alemanes (a menos que se consideren tales a todos los hablantes de lenguas germánicas) sino flamencos y frisios. Y los únicos pobladores europeo-orientales de origen alemán que actualmente se ven a sí mismos, entre otras cosas, como lingüística y culturalmente alemanes -a punto de organizar colegios alemanes que enseñen el alemán estándar- no gozan del "derecho de retornar" excepto a Israel. Ellos fueron los judíos orientales de clase alta y media, cuya misma elección de apellidos -Deutscher, Ginzburg, Shapiro- refleja orígenes no olvidados.

Elwert nota incluso que hay aldeas transilvanas donde el alto alemán (distinto de los dialectos teutones actualmente hablados) fue conocido antes del período de Hitler como *Juden-daitsch*. Tales son las paradojas de la etnicidad primordial.

Aun así no puede negarse que las identidades "étnicas" que no tenían hasta ayer significación política o aun existencia (por ejemplo ser un "lombardo", que es ahora el título de ligas xenofóbicas en el norte de Italia) puede adquirir un genuino asidero como distintivo de idea de grupo de la noche a la mañana. En

mi libro *Nations- and Nationalism since 1780*⁽¹⁾ sugiero que estos cambios de corto plazo y traslados de identidades étnicas constituyen "el área de estudios nacionales en la cual pensar e investigar son urgentemente necesarios hoy en día", y mantengo esta opinión.

Hay buenas razones por las cuales la etnicidad (lo que quiera que esto sea) debería estar politizada en las sociedades multiétnicas modernas, que característicamente toman la forma de una diáspora de guetos principalmente urbanos, combinada con un agudo incremento de las oportunidades de fricción entre grupos étnicos. La democracia electoral produce una maquinaria lista para que grupos minoritarios peleen efectivamente por una porción de recursos esenciales, tan pronto como aprenden a actuar y están suficiente-mente concentrados para propósitos electorales. Esto da a los grupos transformados en guetos una enorme influencia potencial. Asimismo, por razones tanto de política como de ideología, y también de la organización económica cambiante, se atrofia el mecanismo para diluir las tensiones interétnicas al asignar "nichos" separados a los diferentes grupos. Ellos compiten ahora, no por recursos comparables ("separados pero iguales" como decía la frase), sino por los mismos recursos en el mismo mercado laboral, de vivienda, educacional u otros. Y en esta competencia, al menos para los que tienen pocas ventajas, la presión de grupo para favores especiales - "acción afirmativa"-⁽²⁾ es el arma disponible más poderosa.

Donde por cualquier razón la participación en política es baja, como hoy en los Estados Unidos, o se debilita el tradicional apoyo de masas, como en el Partido Demócrata norteamericano o en el Laborista británico, los políticos prestan más atención a

¹ Traducción al castellano: *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Editorial Grijalbo, 1995 [n. del t.].

² Se refiere a la política oficial norteamericana contra la discriminación que establece la necesidad de incluir minorías en organismos públicos y privados [n. del t.].

las minorías, de las cuales los grupos étnicos son una variante. Es posible ver grupos pseudoétnicos inventados con propósitos políticos, como el intento de una parte de la izquierda británica de clasificar a todos los inmigrantes del Tercer Mundo como "negros" para darles mayor capacidad dentro del Partido Laborista por el que la mayoría de ellos vota. Así las nuevas "secciones negras" del partido incluirán bangladeses, paquistaníes, indo-occidentales, indios y presumiblemente chinos.

Sin embargo, el centro de la politización étnica no es instrumental. Lo que vemos hoy es, generalmente, un repliegue de la identidad social a la grupal. Esto no es necesariamente político. Uno piensa en la nostalgia familiar por "raíces", las cuales hacen que los hijos de los judíos asimilados, secularizados y anglicanizados redescubran el confort de rituales ancestrales, y tengan recuerdos sentimentales de los *shtetl* que ellos nunca habían conocido. A veces cuando esto se autodenomina político es únicamente por innovación semántica, como en la frase "lo personal es lo político". Incluso tiene inevitablemente una dimensión política. Pero, ¿bajo qué circunstancias empieza a ser políticamente separatista?

Miroslav Hroch ha tratado de responder a esta pregunta para el caso de Europa central y oriental a partir de compararlas con el nacionalismo lingüístico de pequeñas naciones del siglo XIX. Un elemento resalta en ambos casos y es que es mucho más fácil comprender las demandas del idioma que la teoría e instituciones de la democracia y la sociedad constitucional, especialmente para gente que carece tanto de la educación política como de experiencia política. Así, Hroch encuentra crucial la desorientación social: En una situación social en la que el viejo régimen está colapsando, donde las viejas relaciones estaban disolviéndose y la inseguridad general estaba creciendo, los miembros del grupo étnico no-dominante veían la comunidad del idioma y la cultura como la certeza última, el valor demostrable sin ambigüedades. Hoy, al haberse quebrado el sistema de economía planificada y seguridad social, nuevamente -la situación es análoga- el idioma actúa como un sustituto para

factores de integración, en una sociedad en desintegración. Cuando la sociedad falla, la nación aparece como última garantía.

La situación en las ex sociedades socialistas y especialmente en la ex URSS es clara. Ahora que tanto el marco material y las rutinas de la vida cotidiana han caído, ahora que repentinamente se niegan todos los valores establecidos, ¿qué es el ciudadano de la URSS, en qué puede él o ella creer? Asumiendo que el pasado es irrecuperable, las posiciones obviamente retardatarias son la etnicidad y la religión, individualmente o combinadas. En gran medida la etnicidad se vuelve nacionalismo separatista por las mismas razones por las que los movimientos de liberación establecieron sus Estados dentro de las fronteras de imperios coloniales precedentes. Estas son las fronteras existentes pues la misma constitución soviética había dividido el país en subunidades territoriales teóricamente étnicas, yendo desde áreas autónomas hasta plenas repúblicas federales. Suponiendo que la unión se hiciera pedazos, estas serían las líneas por donde se produciría naturalmente la fractura. Es una curiosa ironía de la historia que fuese Stalin quien dio a Lituania su ciudad capital (entre las guerras estuvo en Polonia) y Tito quien crease, para debilitar el chauvinismo granserbio, una Croacia con una fuerte minoría serbia.

Sin embargo, no debemos inferir -al menos aún- que el nacionalismo de masas está presente en todos los movimientos separatistas. Hasta el momento, la guerra civil yugoslava ha sido hecha principalmente por minorías activistas a las que se sumaron los profesionales. ¿Empezar a ser -será- una verdadera guerra popular? No lo sabemos, pero hay al menos 2,8 millones de familias yugoslavas, aquellas que produjeron los 1,4 millones de matrimonios mixtos, mayormente croatas-serbios, para quienes la elección de una identidad étnica exclusiva debe ser compleja.

Si las raíces de la política étnica en la desorientación social son nítidas en los ex países socialistas, esta misma desorientación social se halla por otras razones en cualquier parte. ¿Es casual

que el separatismo de Quebec se convirtiese en una fuerza mayoritaria al final de una década durante la cual la tasa de natalidad había caído virtualmente a la mitad y (por primera vez) debajo de la de Canadá? ⁽³⁾ Las décadas desde 1950, los cuarenta años más revolucionarios de la historia de la sociedad humana, deberían llevarnos a esperar una desintegración masiva de los viejos valores, un colapso de las viejas certezas. No es tan obvio que la "nación" sea una posición regresiva en todas partes, como en aquellas cuyas fronteras fueron dibujadas sobre las líneas wilsonianas-leninistas después de 1918, ni es tampoco una religión muy antigua. Pero cumple tal rol, y se ve alentado por el efecto demostrativo de lo ocurrido en Europa central y oriental, donde las condiciones locales son favorables.

No obstante, el separatismo es excepcional en Europa fuera de la ex zona soviética. La xenofobia nacional que deriva en racismo es casi universal. Y plantea un problema que no puedo resolver. ¿Qué es exactamente lo que se defiende contra "el otro" identificado con los extranjeros inmigrantes? Lo que constituye "nosotros" plantea por lo menos un problema, ya que la definición se da usualmente en términos de Estados existentes. "Nosotros" son franceses o suecos o alemanes, o aun miembros de subunidades definidas políticamente como lombardos, pero distinguidos de los "ellos" invasores, por ser los "verdaderos" franceses o alemanes o británicos definidos (usualmente) por descendencia putativa o por una larga residencia.

Quiénes son "ellos" no es difícil. "Ellos" son reconocibles como "no nosotros", más usualmente por color u otro estigma físico, o por idioma. Donde estos signos no son obvios, pueden hacerse discriminaciones más sutiles: los quebequenses que se niegan a comprender a los anglófonos que hablan con acento canadiense, sí responderán a los anglófonos que hablan con entonación británica o norteamericana; de la misma manera, los

³ Gerarld Bemier, Robert Bailly *et at.* *La Québec en chiffres de 1850 á nosjours*, Montreal, 1986, p. 28.

flamencos claman no entender el francés hablado con acento belga, pero sí comprenden francés-francés. No estoy seguro de hasta qué punto, sin estas marcas visibles o audibles de ser extranjeros, "ellos" serían reconocidos por diferencias culturales, aunque en las reacciones racistas hay mucho de tales cosas: la manera en que los buenos franceses se sienten insultados por los olores de la cocina norafricana, o los buenos británicos por el curry emanando de sus vecinos. De hecho, como lo sugiere la expansión global de los restaurantes hindúes y chinos, la xenofobia está dirigida directamente contra las personas extranjeras, no contra las importaciones culturales.

Sería tentador decir: lo que se defiende contra los extranjeros son los puestos de trabajo, y hay una cierta verdad en esta proposición. Al parecer, la mayor parte de la base social de los movimientos racistas europeos tal como el Frente Nacional Francés está en los jóvenes de la clase obrera –skinheads y afines-; una larga era de empleo total o virtualmente garantizado terminó en Europa occidental durante los setenta y en Europa central y oriental al final de los ochenta. Desde entonces, Europa está viviendo en sociedades de desempleo masivo y empleo incierto. Más aún, como ya he señalado, los mecanismos sociales que asignaban a cada grupo "nichos" diferentes y no competitivos están siendo erosionados o son políticamente inaceptables. La relativamente repentina aparición de partidos xenófobos, o de los temas xenófobos en política, se debe enormemente a esto.

Sin embargo, ésta es claramente sólo una parte de la respuesta. Lo que se está defendiendo no es simplemente la posición de los individuos del grupo A contra el desafío de intrusos. Si esto fuera así no podríamos hallar la genuina dificultad sobre el influjo de extranjeros (o la influencia foránea) que, en términos realistas, no puede amenazar a los miembros del grupo como individuos: por ejemplo, la insistencia de sectores de ciudadanos norteamericanos de que -de todos los idiomas- el inglés deba ser protegido contra los idiomas de inmigrantes a través del otorgamiento de un monopolio oficial de uso público. En

algún sentido, ésta es la idea de "nosotros" como un cuerpo de gente unido por un incontable número de cosas que "nosotros" tenemos en común: una "forma de vivir" en el sentido más amplio y un territorio común de existencia en el cual vivimos, cuyo paisaje es familiar y reconocible.

Es la existencia de esto la que se ve amenazada por el influjo de afuera. Virtualmente, cada ítem singular de la lista de lo que "nosotros" como ingleses, franceses, alemanes o checos decimos tener en común puede ser adquirido por inmigrantes que así lo deseen, excepto la apariencia física, en los casos en que ésta difiere marcadamente de la norma de la población receptora. Más aún, algunos de los países donde la xenofobia ha sido movilizadada políticamente de manera poderosa, son lugares como Francia, que en el pasado recibieron, alentaron y asimilaron exitosamente inmigraciones masivas en una extensión comparable a veces a la de Estados Unidos: italianos, españoles, polacos y aún norafricanos. Algunos países que tienen mucha experiencia sobre el peligro extranjero tienen actualmente muy poca inmigración. En realidad, ellos hacen todo lo posible para no tener ninguna. Este es el caso de los países escandinavos - pienso en Finlandia e Islandia en particular- aunque la ideología liberal predominante hace embarazoso admitir esta forma de intolerancia. Finlandia hace virtualmente imposible la inmigración permanente, pero hasta el colapso de la URSS ésta podría ser difícilmente descripta como un peligro claro y presente.

No niego, obviamente, que dentro de las sociedades pueda existir un conjunto específico de hábitos y formas de vida que sufran transformaciones debido, entre otras cosas, a una inmigración excesiva. Emocionalmente, la mayoría de nosotros podemos comprender los sentimientos de la aldea pirinea que decide bloquear su fuente de agua pública para que ni siquiera los ciclistas sedientos que pasean por la región tengan un incentivo para atravesarla.

Sería insincero, aun para aquellos de nosotros que tenemos otra visión, pretender que no sabemos lo que hace veinte años hizo a un tradicionalista británico como Enoch Powell llamar a dete-

ner la inmigración masiva y que los gobiernos británicos de ambos partidos siguieran su dirección. Es más, todos nosotros aplicamos el mismo criterio cuando sirve para salvar nuestro medio ambiente preferido, humanos y no humanos, de "ser arruinados" por demasiada gente o el tipo inadecuado de ésta. El asunto no es si algunos lugares, o aun algunas regiones y países deben ser, o podrían aún ser protegidos de la disrupción del cambio, sino si esto es lo que la moderna xenofobia política está tratando de hacer.

En efecto, el miedo a lo extranjero es hoy raramente una defensa tradicionalista nacional de viejos modos de vida contra el virus foráneo. Esta forma de xenofobia cultural fue en realidad común en los cincuenta, principalmente en versiones antinorteamericanas, pero esa batalla ha sido olvidada hace tiempo. Culturalmente, las pandillas más militantes que golpean inmigrantes en nombre de la nación pertenecen a la cultura juvenil internacional y reflejan sus modos y modas, jeans, rock punk, comidas rápidas y demás.

En realidad, para la mayoría de los países en los cuales la xenofobia es ahora una epidemia, las viejas formas de vida han cambiado tan drásticamente desde los cincuenta que queda muy poco de ellas por defender. Actualmente, se necesita que alguien haya vivido como adulto los últimos cuarenta años para apreciar cuan extraordinariamente difería la Inglaterra de los setenta de la de los cuarenta, y Francia, Italia o España de los ochenta de las de principios de los cincuenta.

Y me parece que ésta es la clave. Este es el punto de contacto con el separatismo o el ingreso en el fundamentalismo (como vemos, por ejemplo, en América Latina). Todos son comprensibles como síntomas de desorientación social, del deshilachamiento, y a veces rompimiento, de los hilos de lo que solía ser el tejido que mantenía unida a la gente en la sociedad. La fuerza de esta xenofobia es el miedo a lo desconocido, a la oscuridad en la que podemos caer cuando desaparecen los hitos que parecían proveer un objetivo, una delimitación permanente y positiva de nuestra pertenencia conjunta. La pertenencia conjunta,

preferiblemente en grupos con símbolos visibles y señas de reconocimiento, es más importante que nunca en sociedades en las cuales todo se combina para destruir lo que mantiene a los seres humanos juntos en comunidades. *París is Burning*, un reciente documental cinematográfico, presenta a una de las poblaciones de individuos más marginalizados, excluidos y anómicos imaginables: las reinas negras disfrazadas en Nueva York.

Nada es más chocante y triste que ver cómo esta gente -descastada y despreciada por todos, incluyendo sus parientes, viviendo en y para sus bailes regulares donde compiten en disfrazarse para actuar, por un momento, los roles que les gustaría desempeñar en la vida real y saben que no pueden- reconstruye sus propios grupos humanos. En éstos, llamados "familias", los individuos pueden sentir que ellos no están completamente débiles y solos.

Para aquellos que no pueden confiar más en pertenecer a algún otro lugar hay al menos otra comunidad imaginada a la cual pueden pertenecer: la cual es permanente, indestructible, y cuya pertenencia es cierta. Una vez más, "la nación", o el grupo étnico, "aparece como la última garantía" cuando falla la sociedad. No tienes que hacer algo para pertenecer a ella. No puedes ser echado. Naces en ella y quedas en ella. Como Eugene Roosens dice en *Creating Ethnicity*, el libro que con *Ethnic Groups* de Frederik Barth, he hallado particularmente útil: "*Después de todo, nadie puede cambiar 'el pasado' del cual desciende, y nadie puede deshacer quién es uno*".

¿Y cómo saben los hombres y mujeres que pertenecen a esta comunidad? Porque pueden definir a los otros señalando quiénes no pertenecen, quiénes no deberían pertenecer, quiénes nunca pueden pertenecer a ella. En otras palabras, por xenofobia. Y porque vivimos en una era en la que todas las otras relaciones humanas y los valores están en crisis, o al menos en alguna parte de un viaje hacia destinos desconocidos e inciertos, la xenofobia parece volverse la ideología de masas *delfín de siècle* de esta centuria. Lo que hoy mantiene unida a la hu-

manidad es la negación de lo que la raza humana tiene en común.

¿Y dónde nos deja todo ello a nosotros los historiadores, a quienes no sólo nos están diciendo que sólo negros y blancos, o vascos o croatas pueden comprender apropiadamente la historia de sus respectivos grupos, sino también que debemos inventar la suerte de historia que ellos quieren "comprender"?

Al menos nos deja, debería dejarnos, la libertad de ser escépticos. Nada bueno vendrá de ello, pero al menos no durará eternamente.

